Su cráneo, casi falto de pelo, parecia un pedazo de marfil amarillento. Los pocos cabellos que le quedaban eran gríses. Numerosos hilos plateados surcaban las patillas. ¡No se afeitaba ya todos los dias!

Se habia acostumbrado á descuidar algun tanto al aseo de su persona y el vestir, asunto á que en otro tiempo habia consagrado todos sus desvelos; habia llegado á ser para él indiferente, hasta el punto de importarle poco si le caia bien un pantalon ó le estaba mal una levita.

Todo le faltó al mismo tiempo; la preocupacion de los negocios, el tumulto de la Bolsa, los paseos al Bosque, las sonrisas y los saludos cambiados con las celebridades de ocho muelles, (*) las butacas de orquesta de los teatros de moda, la partida de *wisth* á luis la ficha, el nervioso *bacarrat*, las cenas en compañía galante y los lances amorosos.

Se comparaba á un hombre separado del mundo de los vivos. El *espleen* en ciertos momentos se apoderaba completamente de él. En estos momentos se le veía ir y venir sin objeto determinado como una alma en pena.

No hubiera tenido mas que querer para su-

(*) Alusion á los carruajes de doble suspension en que van al Bosque las *cocottes* de alto bordo.

primir aquel aislamiento que le parecia insoportable. Nada mas fácil que haber entablado cordiales relaciones de necesidad con los moradores de las diferentes posesiones situadas en los alrededores de Hojas-Verdes, á cuatro ó cinco leguas en contorno.

Pero el ex-banquero no queria.

—Todas estas gentes—se decia—son ricas y yo no lo soy.... Me humillarian con su lujo, como yo lo hubiera hecho en otro tiempo.... Aparentemente serían sumamente atentos, pero en el fondo me desdeñarian.... mas vale la soledad.....

III

Se almorzaba á las once en Hojas-Verdes, se comia á las siete. La campana de la quinta anunciaba las horas de las comidas.

Una mañana, hacia ya cinco minutos que la mencionada campana habia sonado, cuando Julio Leroux, vestido con pantalon de pié, de zapatillas, chaqueta de franela y la cara con gran ceño, se presentó en el comedor.

Hizo un movimiento de impaciencia hallándole desierto, y acercándose á una de las ven-

tanas, comenzó á dar con los dedos de una mara nerviosa contra los cristales.

Cansado de este ejercicio, al cabo de un instante, se volvió al ayuda de cámara, infeliz provinciano, quien, con la servilleta en el brazo, estaba de pié é inmóvil. Al ver su aire estúpido, le preguntó bruscamente:

—¿Donde están las señoritas?

—La señorita Lazarine ha salido á caballo—respondió el criado,—la señorita Juana á salido á pié, y la señorita Renée se está paseando en el parque.....

—¡Parece que se han puesto de acuerdo para hacerme perder la paciencia!—murmuró el ex-banquero en voz baja; y despues, en voz alta, dijo:—Tocad la campana de nuevo.... tocad fuerte, y tanto que sea imposible no oirla... ¡andad! ¡id pronto!.....

—¡Señor, voy corriendo!.....

El criado salió, y volteada la campana con todo vigor, llenaba con su tañido los ámbitos de tal suerte, que Julio Leroux se puso las manos en las orejas, golpeó el suelo con el pié y empezó á dar voces, exclamando:

—¡Basta! ¡basta!.... Es bastante.... Es demasiado.... Basta de campana.... ¡que me dejais sordo!

El campaneo continuaba, y con él la agitacion febril del dueño de la casa.

En el mismo instante la puerta del comedor se abrió, y una jóven muy sofocada entró diciendo:

—Papá, me he retardado un poco, pero no te enfades, te lo ruego.... he corrido todo lo que he podido, y es poco lo que he faltado....

Esta jóven era Juana, la mas pequeña de las tres hermanas, á la que aquellas llamaban *La Cenicienta.*

Nadie puede imaginarse una criatura mas linda.

Tenia diez y seis años y medio, un rostro de serafin, grandes ojos, cándidos, sérios y dulces, en los cuales parecia reflejarse el profundo azul del cielo.

Sus poblados y hermosos cabellos, de un rubio muy claro, formaban en su frente caprichosos rizos bajo el sombrero de paja, adornado con flores del campo.

En la velocidad de la carrera se la habia soltado el cabello y caía en su espalda como una madeja de oro.

Ligera y delgada como un junco, la jóven vestía un traje de tela azul pálido, cuya sencillez ponia en relieve su elegante talle y dejaba apreciar en todo su valor la pureza y traspa-rencia ideal de su tez.

No llevaba guantes, y podian verse unas manos muy pequeñas, de delicada y exquisita for-

ma, á las cuales las caricias del sol y del viento no habian conseguido tostar.

Como era todavía una niña, Juana, de tres saltos, atravesó el comedor, echó los brazos al cuello á su padre, y poniendo sus labios en las mejillas de aquél, dijo:

—Te ofrezco estar todos los dias aquí cinco minutos antes de la hora. Dime que no estás incomodado conmigo por haberte hecho esperar: dame un beso.....

Difícil parece que se resistiese á dar un perdon que habia sido pedido con tanta dulzura; pero Julio Leroux tenia el sistema nervioso muy excitado, y tenia necesidad de desahogar en alguien la bílis.

—Sí, sí, estoy muy incomodado—contestó con tono fuerte—estoy incomodado, no por un retraso insignificante, sino de que imitas á tus hermanas, que pisotean mi autoridad y olvidan las conveniencias sociales y consideraciones que me deben.....

—Papá—murmuró la niña.

—Me gusta la puntualidad, como sabeis—continuó el ex-banquero—y me desagrada que falteis á las horas de comer.... Vuestras hermanas hacen lo que quieren, y vos seguís su ejemplo.... No se me tiene la menor atencion, ni las consideraciones que se tendrian con un extraño.....

—Papá, no me hableis de vos, no me hableis de esa manera.....

—Hablo así porque me teneis muy disgustado y tengo derecho para estarlo.

—Papá, si tú supieras mis razones.....

—No quiero saberlas.

—He ido cerca de una legua de aquí á visitar á un pobre enfermo.....

—Haber ido mas temprano y estar menos tiempo—dijo Julio Leroux con violencia—las buenas acciones, la caridad y la virtud, son cosas muy laudables ciertamente, pero el respeto al jefe de la familia es antes que todo. ¡De una vez para siempre, sabedlo bien, deseo no ser yo pospuesto á los pobres del país!

Juana enjugó las lágrimas que se le agolpaban á los ojos sin decir una palabra.

La puerta se abrió de nuevo.

—¡Calle!—dijo Renée entrando y sonriendo irónicamente. ¡Papá regañó hoy á *la Cenicienta!* ¡Es chocante! Continúa papá.... no te detengas por mí, ¿Qué es lo que te ha hecho *la Cenicienta?*

Renée Leroux no tenia sino un año mas que Juana. No tenia diez y ocho años, y parecia tener ya veinte por su belleza y precoz desarrollo.

Bastante alta, delgada de talle, hombros y ancha de caderas, su busto era soberbio y pare-